

Ledicia Costas

# La señorita Bubble

## Aventura bajo cero



Ilustraciones de Andrés Meixide

ANAYA

*La señorita Bubble*

© Del texto: Leticia Costas, 2020  
© De las ilustraciones: Andrés Meixide, 2020  
© De la traducción: María Alonso Seisdedos, 2020  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2020  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, noviembre 2020

Diseño de cubierta: Andrés Meixide

ISBN: 978-84-698-6638-2  
Depósito legal: M-24924-2020  
Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Ledicia Costas

# La señorita Bubble

## Aventura bajo cero

Ilustraciones de Andrés Meixide

Traducción de María Alonso Seisdedos



ANAYA

# Capítulo 1



**R**ovaniemi, aparte de ser una palabra bastante difícil de pronunciar, es la capital de Laponia. Y es la localidad donde reside el famoso Papá Noel. Su casa se conecta a través de un túnel con la fábrica subterránea donde los elfos fabrican los juguetes. Estos trabajan sin descanso durante todo el año para que ningún niño se quede sin regalo de Navidad.

Desde hacía unos meses, Bubble vivía en el mismo pueblo que Papá Noel, en una vivienda de estilo oriental. Pero la inventora no estaba para muchas juergas. Avestruz la tenía muy preocupada.

—Tienes mala cara —le dijo en voz baja—. Abre la boca, anda. —Y le puso el termómetro en la boca.

Avestruz era uno de los cinco pingüinos que habían llamado a la puerta de su casa hacía unos días. ¡Menuda sorpresa se había llevado! Más que nada porque en el Polo Norte no hay pingüinos. ¿Qué hacían entonces ellos allí? Se habían presentado sin previo aviso, como ocurre con los sucesos más extraordinarios. Todos venían enfermos, haciendo clac-clac-clac con el pico. Bubble se encargó de darles medicinas, aunque, en realidad, lo que necesitaban era frío. Al final, acabó metiéndolos en su congelador por tandas. Ahora ya estaban todos prácticamente recuperados, salvo Avestruz, que no levantaba cabeza.

—¡Solo cinco bajo cero! —gritó Bubble—. ¡Estás ardiendo! Voy volando a llamar al veterinario.

La respuesta de Avestruz fue un estornudo sonoro. Con el ímpetu, le salieron de la boca varios cubitos de hielo. Papagayo, otro de los pingüinos que vivían ahora en casa de la inventora, los atrapó al vuelo, los metió en un vaso y dijo:

—¡Me voy a preparar un granizado de rechupete!

—¡Yo también quiero uno! —protestó Cigüeña, tratando de arrebatarse el vaso de las aletas.

—¡Olvídalo! ¡Estos cubitos son míos!

—¡Chsssssssst! —los regañó Bubble—. Pero ¿esto qué es? Parece mentira que montéis semejante alboroto. Avestruz necesita tranquilidad.

Los pingüinos bajaron la cabeza un tanto avergonzados. Se acercaron a Avestruz y le dieron unos mimos.

—Tengo mucho calor —musitó el enfermo.

—Mételo un ratito en el congelador —sugirió Cigüeña—. Tiene demasiado calientes las puntas de las aletas.

En ese instante, aparecieron Golondrina y Cacatúa montadas en el patinete de Vincent. Atravesaron el salón a toda velocidad hasta llegar a la habitación donde Bubble había instalado su taller. La inventora cogió aire. Cualquiera diría que estaba a punto de perder la paciencia. Se alegraba de haberles dado cobijo a los pingüinos, pero a veces aquello parecía una casa de locos. La prioridad en ese momento era la salud de Avestruz, pero por lo visto solo ella se daba cuenta.

—Pingüinos, ¡parad ya! —ordenó con voz firme, tratando de imponer disciplina—. Cigüeña, tú llama al veterinario. Golondrina y Cacatúa, aparcad el patinete y relajaos. Papagayo, ve a la cocina y abre la puerta del congelador.

Los pingüinos obedecieron a Bubble sin rechistar y todo volvió a la calma en casa de la inventora.

—Así está mucho mejor —se dijo para sus adentros.

Avestruz se quedó enseguida dormido al fresco del congelador, con la cabeza apoyada en una bolsa de guisantes.

—Dice el veterinario que dentro de media hora estará aquí —anunció Cigüeña.

—No te mueras, Avestruz —suplicó Cacatúa, con lágrimas en los ojos.

Al oír esas palabras cargadas de tristeza, Bubble pensó que la muerte no tenía cabida en su casa. No pensaba dejarla entrar. Ya se las arreglaría ella para que Avestruz se recuperara. Si en el pasado había logrado fabricar un corazón mecánico para Vincent, también conseguiría dar con la cura para Avestruz.

—Una pista de hielo... —murmuró de pronto, dándole forma a la idea que acababa de nacerle en la mente—. ¡Claro! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

—¿VAS A CONSTRUIR UNA PISTA DE HIELO? —preguntaron a coro los pingüinos.

Parecían emocionados con la idea. Habían acudido a casa de Bubble tras haberse enterado de que ahora vivía en Laponia. La inventora era muy respetada en esas tierras. El aumento de las temperaturas y el deshielo ponían en serio peligro la vida de los pingüinos. Sabían que si alguien podía salvarlos era Bubble y no se equivocaban. Una mujer como ella jamás los dejaría en la estacada.

—Necesitáis frío y lo tendréis.

—¡Queremos patines! —reclamó Caca-túa.

—¡Y cañones de nieve! —añadió Papagayo.

—¡También esquíes, trineos, iglúes y una laguna con peces para poder pescar! —gritaron otros, sumándose a las peticiones.

—Tranquilos, pondré un buzón de sugerencias en la puerta del taller.

—¡HURRAAAAAAAA! —exclamaron todos, felices, agarrándose de las aletas y haciendo un corro para celebrar la buena noticia.

Bubble era maravillosa. Más aún de lo que se habían imaginado los pingüinos. Habían oído contar muchas cosas increíbles de la inventora, pero la realidad superaba todos los rumores. Fue el timbre de la casa, que empezó a sonar una y otra vez con demasiada insistencia, lo que quebró la exaltación del momento.

—¿Ya ha llegado el veterinario? ¡Qué rápido es este hombre!

Bubble se dirigió a la puerta. Sin embargo, al otro lado no estaba el veterinario ni nadie que se le pareciera. Cuando descubrió quién llamaba, la inventora se quedó boquiabierta, incapaz de ocultar el asombro que le producía semejante aparición.

—Pero ¿cómo puede ser...?

Eso fue lo único que acertó a decir.

Cientos de pingüinos hacían cola ante su casa. Eran tantos que la fila serpenteaba hasta perderse en el horizonte. Los había de todas las especies y tamaños: pingüinos emperador, pingüinos rey, pingüinos adelia, pingüinos de pe-

nacho amarillo... El portavoz era un ejemplar robusto, de barrigón prominente y una hermosa mancha amarilla en el cuello. Llevaba en brazos, digo, en aletas a un bebé pingüino con el cuerpo recubierto de plumón. Su mensaje fue breve y contundente. Habló con una voz grave, como si saliera del interior de un trombón:

—Necesitamos asilo.

Bubble lo miró a los ojos durante unos segundos y percibió en él un asomo de desesperación. Le sonrió con ternura y le contestó:

—Bienvenidos a mi casa.







**L**a señorita Bubble y Vincent viven ahora en Laponia, donde dan refugio a un montón de pingüinos. Estas aves están en el polo equivocado, y su traslado fue un capricho de Papa Noel, que lleva una temporada comportándose de forma extraña: maltrata a los elfos, abandona a su suerte a los renos... La inventora se enfrentará a él y tratará de llegar hasta el fondo de todo este asunto.

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1578583

ISBN 978-84-698-6638-2



9 788469 866382

